

—¡Un negocio!

—¿No lo era vuestro matrimonio? No os levanteis la tapa de los sesos y esperad... Esperad.

—¡Nicolasa!

—Adios.

Cuando la puerta del salón se cerró detrás de Nicolasa, Roger cayó desplomado en uno de los sillones que había al lado de la chimenea.

## XVI

### En las cercanías de Penhoet

La noticia del matrimonio de la señorita de Fonterose con Roger de Ambares, aquella vez cierta, corrió con la velocidad del rayo por todo el país y cayó sobre la casa señorial de Penhoet como un verdadero rayo.

Aquella mansión destrozada como un mendigo italiano, desmantelada, pero sólida, como sus habitantes, estaba triste y lúgubre como una casa mortuoria.

Catalina no cantaba; consagróse exclusivamente al cuidado de María Ana, que más que viva parecía muerta: tan grande era su postración.

José limpiaba melancólicamente los pesebres.

Ibo se pasaba las horas muertas sentado al lado de la chimenea, sombrío, meditabundo, desesperado.

Por primera vez en su vida maldecía de su destino. ¿Qué había hecho para verse envuelto en tan terrible catástrofe?

Santa parecía tan loca como su madre.

Jacobo y Corentín estaban perpétuamente fuera de Penhoet.

¿Dónde encontrarlos?

Nadie lo sabía.

Cada cual se iba por distinto camino.

A la hora de comer, el rector, que no abandonaba á sus amigos en la adversidad, se presentó en Penhoet.

—¿Todavía teneis valor para traspasar los umbrales de esta casa? le preguntó Santa.

Todo el mundo podrá abandonaros, la contestó el santo varón, pero yo siempre seré fiel á vuestra amistad.

Por otra parte, llevaba buenas noticias.

El país en masa se había pronunciado en favor de la inocencia de los Kerandal.

Bretaña entera les quería.

Nadie creía en el crimen que se les imputaba.

El rector era un buen amigo de los Kerandal.

Los miembros de la familia fueron reuniéndose en torno de la mesa, excepto María Ana.

El reloj seguía marcando el curso del tiempo.

El péndulo no altera su paso por nuestras alegrías ni por nuestras tristezas.

El viento silbaba por los largos corredores de Penhoet.

El único Kerandal que permanecía sereno é indiferente á todo, era Jacobo.

Una sonrisa desdeñosa plegaba sus lábios.

Terminada la comida, Santa subió á las habitaciones de su madre.

Los tres hermanos, el rector y Juan, permanecieron en la cocina.

Juan también estaba triste, muy triste.

La escena de la noche anterior no se había borrado de su memoria.

—La señorita se casa, dijo.

—Lo sabía, murmuró Jacobo.

—¿Y tú, Corentin? preguntó Juan.

—Tambien.

Y, levantándose bruscamente, salió de la cocina. Juan le siguió.

Al llegar al patio, Corentin se detuvo, y sacando un papel del bolsillo, se lo enseñó á Juan.

—¡Una cartal exclamó Juan. Y es de la señorita.

Corentin se volvió á meter en el bolsillo la carta de Nicolasa y se despidió de Juan.

—En esa carta le anunciará su matrimonio, pensó Juan.

La carta de la señorita de Fonterose no contenía más que estas líneas:

«CORENTIN:

»Necesito veros y hablaros por última vez. Mañana, á la una, en el sitio convenido.

»NICOLASA.»

Corentin volvió á la cocina.

—¿Vienes á acostarte? preguntó á Jacobo.

—No tengo sueño, le contestó Jacobo. Duerme tú, si puedes.

Corentin subió á su cuarto y cerró la puerta.

Jacobo se quedó en la cocina.

A media noche sintió ruido en el patio.

—¿Quién vá? preguntó.

Un grito ahogado le contestó.

Era Santa.

—¿Adónde vas? preguntó Jacobo.

—A morir.

—¡Morir!... Tú .. Tan jóven. . Tan hermosa..

Santa no desplegó los lábios.

—Ven, exclamó Jacobo arrastrándola detrás de sí.

Ven á contarme tus penas.

Jacobo cerró la puerta de la cocina.

Santa se lo contó todo, sin acusar á nadie.

—Si los demás son culpables, la dijo Jacobo, tú eres inocente y no es justo que pagues culpas ajenas.

Ten paciencia. Eres pobre; serás rica. Hoy te desprecian. Mañana te adularán.

Santa se dejó caer en los brazos de Jacobo.

—Vé á dormir, Santa. Con este beso que me das me creo pagado de todo.

Jacobo volvió á quedarse solo en la cocina.

—No hay más que un obstáculo, murmuró, volviendo á sentarse al lado de la chimenea. Ese obstáculo desaparecerá. Si me cuesta la vida, ¿qué importa? Los que me sobrevivan dirán: «era un criminal, pero nos amaba.» Y á mí, ¿quién me ama? ¿Por ventura, la señorita de Fonterose? No. Soy un hombre rudo, una fiera. ¡Esta fiera la devorará!... Si en este mundo le piro miedo, en otro me hará justicia. No esperaré la orden de Corentín. Obraré por mí mismo.

## XVII.

### Las cuentas del Sr. Malo.

Al día siguiente, ya entrada la mañana, la doncella de Nicolasa entró en la habitación del señor Malo Briquebec para decirle que su señorita deseaba verle.

Era la primera vez que Nicolasa se dignaba pedir una conferencia al apoderado de su madre.

—¿Para qué podrá necesitarme, se preguntó.

Esta duda llevó cierta inquietud á su espíritu.

Tal vez las órdenes de Nicolasa no estarían conformes con las de su madre.

Pero como ya había entrado en el goce de todos sus derechos, tenía que obedecerlas.

Nicolasa estaba sentada delante de su mesa de escribir cuando entró el señor Malo de Briquebec.

—Os he hecho llamar, Briquebec, le dijo, para que me deis algunas noticias que necesito, y acerca de las cuales os exijo el mayor sigilo. No quiero molestar á mi madre hablándola de ciertos asuntos. ¿A cuánto asciende mi fortuna?

—¿La fortuna de la casa, ó la vuestra exclusivamente? preguntó Briquebec, después de una breve páusa.

—La mia. Con la de mi madre no tengo nada que ver.

Briquebec hizo una nueva páusa.

—El señor marqués os dejó todo lo que poseía, dijo, haciendo caso omiso de vuestra madre y de todos sus parientes.

—No hagamos historia, señor Briquebec. Necesito números.

—Es preciso recapitular, observó el señor Briquebec.

—Recapitulemos, pero advertid que hasta ahora no me habeis dicho nada. Hablad y yo escribiré.

—Teneis tres casas en París, tasadas en tres millones. Valen más.

- Tres millones, escribió Nicolasa.
- Los bosques de Bec, en Normandía, están tasados en dos millones. También valen mas.
- Tres y dos, cinco, repuso Nicolasa.
- El producto del carboneo en los montes de Geneville puede apreciarse en sesenta mil francos, y su valor en venta en millon y medio.
- Pongo seis millones.
- Las tierras que teneis en Champdebrac bien valdrán cuatro millones.
- Van diez.
- Santa Gilda.
- Santa Gilda no vale nada.
- Me parece muy barata.
- ¿Qué más poseo?
- Las viñas de Fronsac, en el Medoc. Le costaron un millón á vuestro padre.
- Pero la filoxera puede destruirlas.
- Teneis en las riberas del Maine dos posesiones de campo que pueden valuarse en dos millones.
- Diez y dos, doce. ¿Hemos concluido?
- Sí, señora. La fortuna de vuestra madre asciende á la misma cantidad.
- La fortuna de mi madre no me pertenece y no puedo disponer de ella.
- Se me olvidaba deciros que las economías que tenemos en casa sumarán lo menos tres millones.
- Ya son quince, repuso Nicolasa.

Y levantándose, añadió:

—¿Y cómo siendo tan ricos hemos hecho tan poco bien y tenemos tantos enemigos? No necesito saber más, señor Briquebec. Adios.

Nicolasa se quedó sola.

—¡Quince millones! exclamó. Y esto sin contar con los bienes de mi madre. ¿Para qué necesito yo tanto dinero?

Cogió la pluma y se puso á escribir:

«Señor Ambares:

»Ni vuestra fortuna perdida, ni vuestra pasión por el juego me harían faltar á mi palabra.

»Otro es el obstáculo que nos separa.

»Este obstáculo es la mujer á quien habeis ofrecido dar vuestro nombre.

»¿Cómo queréis que yo me case con el amante de mi prima Juana Trelán?

»Os nombro juez de este asunto.

»Hablemos formalmente.

»¿Por qué queríais casaros conmigo? Por que soy rica. ¿Por qué habeis abandonado á Juana? Porque es pobre.

»¿No recordais que os dije que tenía un medio de conciliarlo todo?

»Quiero y puedo salvar vuestra fortuna y desempeñar vuestra palabra.

»Conozco demasiado á Juana para saber que no se hubiera entregado á vos sin contar con el cumplimiento de vuestra promesa.

»¿Qué os puede hacer falta para vivir honrado y tranquilo en un rincón de la Bretaña?

«¿Dos millones?

»Yo se los doy en dote á Juana.

»Además, ella debe tener una fortuna que ascenderá próximamente á la misma cantidad.

»De esta manera vos sereis feliz y yo recobraré mi independencia.

»Yo no me casaré. No quiero casarme

»Proceded noblemente reconciliándoos con Juana.

»Mi determinación es irrevocable.

»Doy dos millones á mi prima.

»Es el precio de mi palabra.

»NICOLASA DE FONTEROSE.»

En el momento en que Nicolasa cerraba esta carta y la ponía el sobre «Al señor Roger de Ambares», entró la marquesa de Fonterose.

—¿Escribes á tu futuro? preguntó á Nicolasa.

—Sí, contestó Nicolasa. Le escribo para darle dos noticias, una buena y otra mala.

—No te entiendo.

—Sentaos aquí, á mi lado, madre mía ¿Creeis que un hombre puede amar á dos mujeres?

—Nicolasa...

—¿Está admitido en alguna parte este procedimiento?

—No.

—Entonces no puedo casarme con vuestro recomendado Roger de Ambares.

—¿Por qué?

—Habeis entrado en mi habitación en el momento en que me disponia á ir á la vuestra. Otra pregunta. ¿Creeis que una mujer puede amar á dos hombres á la vez?

—Decididamente no te entiendo.

—Contestadme.

—No.

—Entonces tampoco puedo casarme con vuestro recomendado Roger de Ambares.

—¿Por qué?

—Ese es mi secreto. Pero voy á confiárosle.

—¿Qué significa esto, Nicolasa?

—Significa, madre mía, que soy muy desgraciada. No puedo, no debo casarme con Ambares. Hay cosas que vos no podeis sospechar, pero que me obligan á permanecer soltera.

Y se arrojó en los brazos de la marquesa, que se quedó estupefacta.

—¿No soy tu hija? prosiguió Nicolasa con acento desgarrador. ¿Cómo has de querer que sea desgraciada? Déjame vivir á tu lado. Unámonos para hacer

bien. Somos ricas, y si no nos hacemos amar, haremos que nos perdonen nuestra fortuna. Consientes, ¿no es verdad, madre mía? Destruyamos todos los odios que germinan á nuestro alrededor. Algunos de ellos son justos. Después, ¡ya verás qué felices somos! ¿No sirve el dinero más que para guardarlo y amontonar millones y millones?

—Sí, exclamó por fin la marquesa, dejándose vencer por las súplicas y las caricias de su hija, haz lo que quieras y no llores. Yo aprobaré todo lo que tú hagas.

Nicolasa quiso justificar su victoria.

—Toma, dijo á su madre dándola la carta de Jorge Richard, y la que acababa de escribir á Roger de Ambares.

Mientras su madre leía, Nicolasa se puso á escribir.

—Lee esta también, dijo á la marquesa.

El papel que acababa de escribir Nicolasa decía:

»El señor Malo de Briquebec entregará á los señores de Kerandal la cantidad de quinientos mil francos á la presentación de este documento.

»NICOLASA DE FONTEROSE.»

Y cogiendo la pluma, se la dió á la marquesa.

La marquesa escribió esta palabra al pié de las anteriores líneas:

«APROBADO.»

—¿Qué significa esta cantidad para nosotras? la preguntó Nicolasa.

—¿Quieres más? repuso la marquesa.

—¡Nunca he sido más feliz! exclamó Nicolasa. Hoy sé que tengo madre.

La marquesa dió un beso en la frente á su hija.

—¡Muy caro te cuesta!

—¿No vale más de quinientos mil francos este momento?

—Tienes razón, hija mía.

#### XVIII.

#### La justicia se pone en movimiento

Las gentes que transitaban por el camino de Vanes á Josselin, fueron sorprendidas el último jueves del mes de Octubre por un espectáculo que no esperaban.

Toda la fuerza armada del distrito, escoltando un carruaje tirado por dos caballos, procedente del primero de estos puntos, se dirigía procesionalmente al segundo.

Aquel carruaje, que miraban con asombro los bretones, no conducía á ningun miembro del Parlamento, que regresaba de conferenciar con el gobierno de Luis XIV.

Conducía á tres personajes, dos de los cuales